

# LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas  
al año. Idem en el extranjero, 8 fr.



Toda la correspondencia debe dirigirse  
al Apartado de Correos 347.

## LA VIDA EN BROMA

### La vuelta de las modistas.

Las diez modistas que, por sus caras, merecieron el honor de viajar por cuenta de "Nuevo Mundo", regresaron a Madrid satisfechísimas de la excursión y encantadas de haber nacido... bonitas.

Pero ¡ay! que después de un mes de vida principesca, viajando en primera, comiendo en los mejores hoteles, recibiendo agasajos de autoridades y personajes, asistiendo a fiestas y saraos y viéndose servidas por criados de frac, la adaptación a la antigua vida del taller y de la buhardilla, debe haber sido dura y difícil.

¡Qué triste despertar, como dijo el poeta!...

—¡Consolación!...

—¿Adónde vamos hoy?...—exclama medio dormida.

—Hoy vamos... á tener la gorda. ¡Hale, arriba!

—¿Qué quiere usted, madre?

—Quiero, hija mía, que son las siete, y aún tienes que fregar el piso.

—¡No me lo repita usted, madre!... Creía estar todavía en Santander, oyendo el murmullo del mar.

—Pues te equivocas, porque estás ya en la calle del Bonete, sotabanco, oyendo que vas á llegar tarde al obrador.

—¿Qué diferencia, Dios santo!... A estas horas me despertaba yo en la playa y tocaba un timbre que tenía á la cabecera de la cama, para que viniera la camarera á vestirme... Recoge esa basura mientras yo saco el cubo.

—Bueno; pero á ver si convence á padre de que ponga también timbre en las nuestras.

—¿Y á quién vas á llamar? ¿Al doctor Esquerdo?

—¡Ay, es verdad!...

—Mira, echa pie á tierra y no digas majaderías, porque... ¡bueno está tu padre después de las cuatro semanas que no ganas tú una peseta!

—Calle usted madre; que no sólo de pan vive el hombre.

—¿A quién le has oído decir eso? ¿Al presidente de la Diputación de Santander?

—¡Sí, es verdad, madre! ¿Y la satisfacción de que su hija haya estado en el Sardinero, con el gobernador, el alcalde, los concejales, los magistrados de la Audiencia y la mar de periodistas. ¿Eso no vale "na"?

—El "Nuevo Mundo" que pagaba lo sabrá.

—¿Y el tener á su hija por las playas de moda, como una emperatriz, en coche de lujo, á todas horas, más aclamada que Melquiades Alvarez y más agasajada que el mismo Canalejas? ¿No es para ustedes un orgullo?...

—¡No!... Porque él opina que debieron llevarnos también á toda la familia, aunque no fuera más que por el qué dirán. ¿Está bien que á vosotras, diez muchachas solteras y bonitas, os lleven en "troupe", como una compañía de varietés? ¿Está bien que diez beldades como diez soles, vayáis acompañadas sólo de una madre, que ignora vuestros usos y costumbres, y de dos señores desconocidos, que todo lo cuentan?

—¡Por Dios, madre, que son dos periodistas muy conocidos!

—Aquí, en casa, ya sabes que no.



F. ESTEVANILLO

—Porque ustedes no leen más que "El Toreo" y "La Hoja de Parra".

—¿Está bien que mientras tú te codeas con tantos personajes y te atracas de convites, estemos tu padre y yo comiendo gallinejas en los Cuatro Caminos?

—Pero si el concurso era para modistas sólo.

—¿Y qué más da, puestos á gastar, que hubieran llevado también á un carpintero de armar y á su *cónyuge*? Eso es hacer las cosas mal, y dejar descontentos á todos, porque tu novio también está que trina.

—Pues que no se ponga tonto... Porque más han bailado otras... Y, en último término, haberme llevado él, que es el que debía haberlo hecho.

—¡Consolación, que te vas á ganar una *guantá*!...

Realmente, después de una excursión como esa, debe ser un horror

volver al sotabanco y al obrador. Porque parece lógico recordar aquello de:

Fuí modista,  
pero al poco  
me cansé  
de la máquina  
y de darle  
con el pie...

F. ROIG BATALLER

## El furor de los cupones.

### ¡También en los teatros!...

La campaña teatral va á empezar, y á imitación de nuestra Prensa local, las Empresas con caudal van á dar también cupón.

La del Real, que al arte inmola sus más rancias tradiciones, en lugar de dar cupones, dará una ópera española que parta los corazones.

La de Apolo, seguirá, como ha seguido hasta ayer, con lo que dicho se está que el cupón que nos dará servirá... pa no volver.

La de Eslava, siempre esclava de Viena en las operetas, dará vales de libretas, porque el Viena se le acaba y no da ya dos pesetas.

La de la Princesa, nada; seguirá su tradición, pues salva la temporada con el soberbio cupón de una labor esmerada.

La de Lara es muy probable que dé cupón, pero infiero que el cupón sea en dinero... (de la Deuda amortizable), ¡y les toque á los Quintero!

La del Español, (Madrazo, con D. Benito en funciones), se ha de hartar de dar cupones, si no tiene un exitazo y nuevas orientaciones.

La de Cervantes, cuanto antes los empiece á dar, mejor; porque, no estando distantes, siempre va el espectador al de Lara, y no á Cervantes.

La de Loreto y Chicote cultivará el melodrama, hasta que el filón se agote, mientras la gente no note que aquello es una... camama.

Las de Martín é Imperial, que tienen botica abierta, piensan dar tila al mortal que vaya á pasar un mal rato... Conque... ¡ajo, alerta!

Y mientras los desgraciados teatros de pretensiones viven pobres y angustiados... ¡los cinés, sin dar cupones, seguirán abarrotados!

PIO GRACO



# - La policía de Nueva York, podrida hasta la médula. -



El capitán yanqui Schmittberger declara que la policía está podrida hasta la médula.

Cada día se descubren nuevos chanchullos, nuevos abusos, inicuas explotaciones llevadas á cabo en Nueva York, por la Policía.

Todos los distritos de la gran ciudad han sido explotados inicuaemente; de todas las profesiones, oficios é industrias han sacado dinero, y han cobrado el barato en casas de juego, mancebías, cafés, tabernas y lugares de diversión.

Pero de todos los distritos, el que más ha sufrido es el Tendeloin, el distrito del centro, el "solomillo" de Nueva York, el barrio de la alegría y del vicio.

Las declaraciones del capitán de Policía Schmittberger, que tuvo á su cargo este distrito lo prueban claramente.

Oigamos algunos de los que dijo al ser interrogado por el Comité Superior de Lexon:

—¿Había en su distrito muchas casa prohibidas y de mal vivir?

—Muchas.

—¿Y por qué se permitían?

—Porque nos pagaban bien.

—¿Y sus números permitían que estuviesen abiertas toda la noche?

—Sí, señor.

—La Policía sabía que allí concurrían rateros, ladrones, gente de mala fama; ¿no es así?

—Allí se reunían los ladrones de todo el país. Allí iban en busca de mujeres. Era

una reunión de varios criminales.

—¿Y cómo se consentía que estuviesen abiertas noche y día?

—Porque estaban protegidas por la superioridad.

—¿Quién era, entonces, el que recibía el dinero?

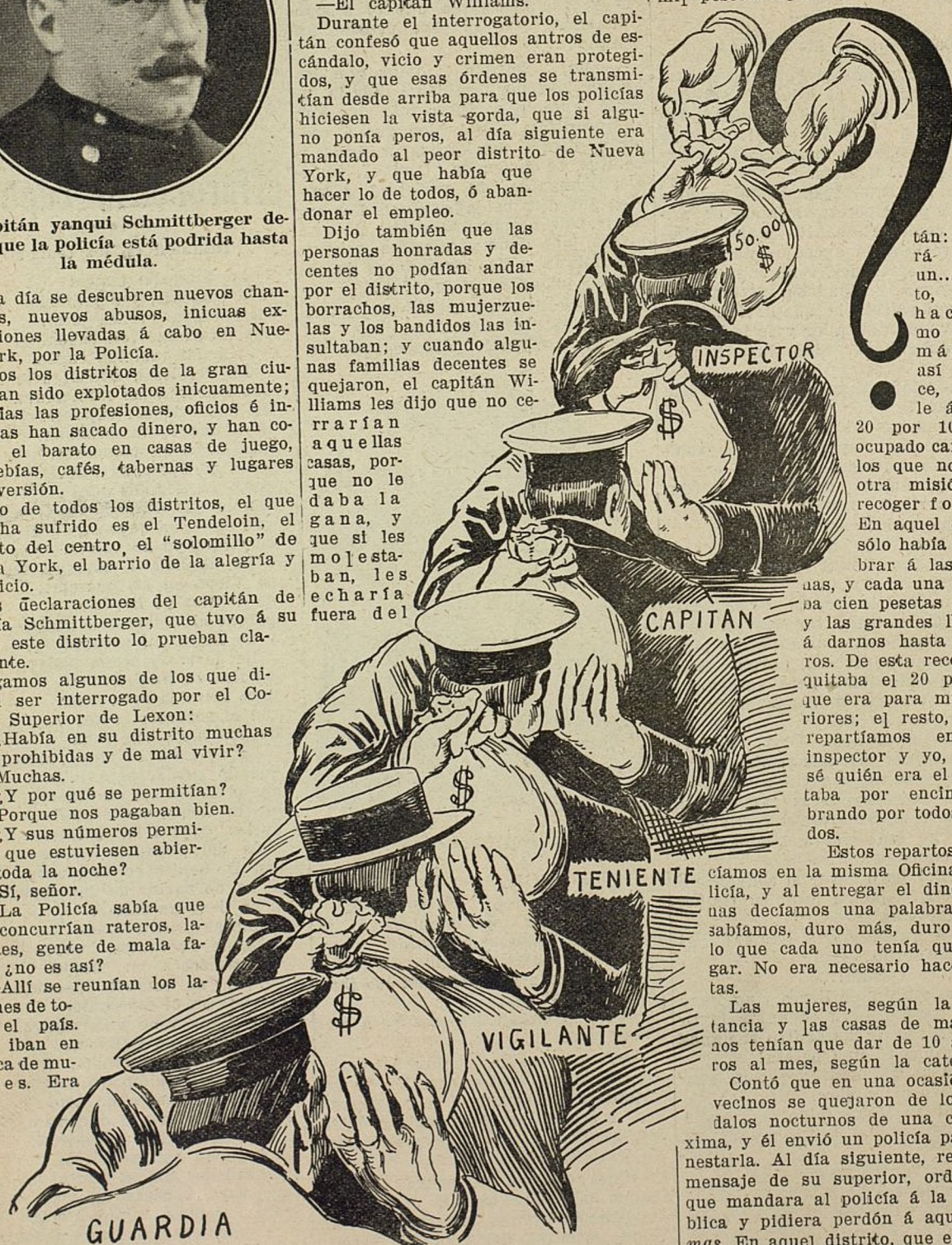
—El capitán Williams.

Durante el interrogatorio, el capitán confesó que aquellos antros de escándalo, vicio y crimen eran protegidos, y que esas órdenes se transmitían desde arriba para que los policías hiciesen la vista gorda, que si alguno ponía peros, al día siguiente era mandado al peor distrito de Nueva York, y que había que hacer lo de todos, ó abandonar el empleo.

Dijo también que las personas honradas y decentes no podían andar por el distrito, porque los borrachos, las mujerzuelas y los bandidos las insultaban; y cuando algunas familias decentes se quejaron, el capitán Williams les dijo que no cerrarían aquellas casas, porque no le daba la gana, y que si les molestaban, les echaría fuera del

distrito (á todas estas familias).

Cuando estuvo en el distrito de los muelles, las Compañías de vapores pagaban fuertes sumas á toda la Policía, tanto que, estando encargado del distrito un vigilante á sus órdenes, que sólo de los vapores cobraba cerca de mil pesetas al mes, le dijo al capi-



tán: "Será usted un... tonto, si no hace como los demás." Y así lo hice, dándole á él el

20 por 100. He ocupado cargos en los que no tenía otra misión que recoger fondos. En aquel distrito sólo había que cobrar á las tabernas, y cada una nos daba cien pesetas al mes, y las grandes llegaban á darnos hasta 80 duros. De esta recolección quitaba el 20 por 100, que era para mis inferiores; el resto, nos lo repartíamos entre el inspector y yo, y... no sé quién era el que estaba por encima, cobrando por todos los lados.

Estos repartos los hacíamos en la misma Oficina de Policía, y al entregar el dinero apenas decíamos una palabra. Todos sabíamos, duro más, duro menos, lo que cada uno tenía que entregar. No era necesario hacer cuentas.

Las mujeres, según la importancia y las casas de mal vivir, nos tenían que dar de 10 á 50 duros al mes, según la categoría.

Contó que en una ocasión, unos vecinos se quejaron de los escándalos nocturnos de una casa próxima, y él envió un policía para amonestarla. Al día siguiente, recibía un mensaje de su superior, ordenándole que mandara al policía á la casa pública y pidiera perdón á aquellas damas. En aquel distrito, que era de los más modestos, pues no había juego ni muchas mancebías, yo solía sacar unas tres mil pesetas al mes.

El simple policía cobra impuestos injustos que de mano en mano van á parar á los superiores, hasta llegar al último. ¿Quién es él? El Gran Jurado nos lo dirá.

Ayuntamiento de Madrid



# Variaciones de la Moda en un siglo.

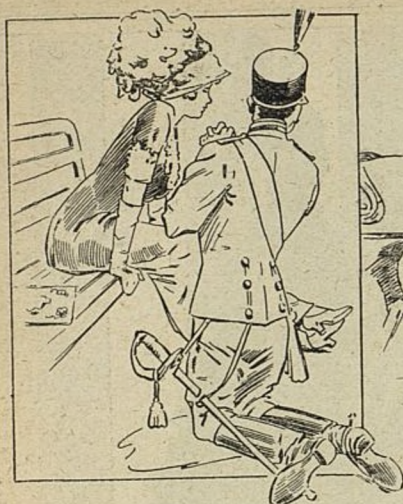


Nada mejor que la comparación de estas siluetas, puede dar idea de lo que ha cambiado, en un siglo, la moda femenina. La mujer, siempre ha procurado presentarse á la vista del hombre lo más elegante, lo más atractiva; ellas eran siempre lo mismo; las modas con que se han en-

vuelto han variado. Las faldas se han ensanchado, se han encogido, han tenido vuelo, miriñaque, polisón; se han hecho más estrechas de arriba, después han ido ensanchándose, hasta la nueva moda, que nos da la sensación de la mujer vestida de malla.

De todas maneras, con la moda de 1812, que por cierto no deja de parecerse á la de 1912, ó con la moda de 1905, con cualquiera de ellas, no parece un encanto: la última siempre nos parece mejor. Cambiarán los atavíos, pero la ataviada seguirá siendo encantadora.





## En busca de marido.

Después de haber estado algún tiempo en Hungría,  
La viuda á Viena dirigióse un día.  
Hermosa capital, con parques á millares,  
Con hermosas mujeres y apuestos militares.

El oficial austriaco es apuesto, elegante,  
Buen mozo, fachendoso, bien portado, arrogante.  
Así es que nuestra viuda, que en todo se fijaba,  
De ver tanto hombre hermoso maravillada estaba.

Un teniente aristócrata de lo más atildado,  
Magnífico como hombre; superior cual soldado,  
Con el pecho cuajado de condecoraciones,  
Alocaba cabezas, robaba corazones.

El tipo le gustó á la tierna viudita,  
Y le fué presentado un día de visita.

Este tipo me gusta, es un hombre cabal  
Y creo que sería un marido ideal.

Hallándose en el Prader un día de paseo  
El apuesto oficial mostróle su deseo,  
Y cayendo de hinojos, con ardiente pasión,  
Empezó á hacerle en regla una declaración.

Mas á poco, el teniente se encuentra interrumpido;  
Un capitán que pasa; se pone de pie, erguido;  
Hace el saludo y vuelve á continuar;  
Mas, á los dos minutos, ve á un coronel pasar.

Vuelta otra vez de pie, y muy tieso, cuadrado,  
La mano en la visera, saluda contrariado,  
Y cuando reanudaba su coloquio amoroso,  
El Kaiser aparece: "Es él—dice orgulloso".

De la viuda se olvida, y de ella no se cura.  
—“A nuestro Emperador amamos con locura”.  
—“Pues si amas tanto y tanto al buen Emperador,  
Puedes con él casarte; guarda para él tu amor”.

FERS.

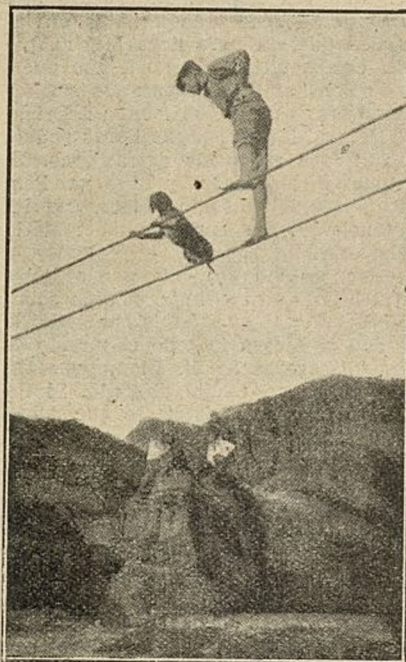


Ayuntamiento de Madrid



# COSAS RARAS Y NUEVAS

¿Quién no ha visto en circos y plazas andar por la cuerda floja á los



**PERRO  
FUNAMBULO**

v o la tineros? Es uno de los ejercicios más antiguos y conocidos, pero hasta ahora y á pesar de estar convencidísimos de la fidelidad del perro, no habíamos oído que ningún can se hubiese aventurado á acompañar á su amo en la cuerda, floja ó tirante.

En la fotografía se ven amo y pe-

rro haciendo ejercicios de funambulismo.

Según los investigadores de antigüallas, se supone que la palabra más antigua, la primitiva palabra que existió en el mundo es la palabra "China".

La raíz de esta voz es "Ch-in", que quiere decir la raza que puede hablar.

Según parece, China fué el primer pueblo que pudo expresar sus sentimientos é ideas por medio de palabras, y el orgullo natural hizo que, para distinguirse de las otras razas, se apropiaran las dos sílabas para designarse como cosa superior á los otros seres que poblaban el mundo.

Se calcula que la palabra "China" tiene más de cuarenta mil años de existencia.

¿Quién no ha oído hablar de la flor del loto?

**EL LOTO**

Por poco que se haya leído del Egipto y de Oriente, se habrá visto, de vez en cuando, la palabra loto, flor apreciadísima en esos países.

El loto es el símbolo del renacimiento del sol y de la resurrección de las almas, y en sus múltiples variedades las hay con corolas rosadas, cenicientas, blancas, purpúreas y verdosas.

Los ejemplares que reproduce nuestro grabado pertenecen á la es-

pecie *Nelumbium speciosum roseum*, y fueron enviados desde Persia á



Londres en el corto espacio de cinco días, por encargo de un conocido florista de la capital inglesa.

Un ramo de diez y ocho de estas flores fueron regaladas á la Reina, y el resto los ha vendido á razón de cuatro pesetas cada flor.

Algunas de estas flores, las mayores, tenían treinta centímetros de ancho.

## NOTAS DE LA CALLE

¡Ay, infeliz de la que nace fea!...

La manía de celebrar concursos para poner en evidencia las feas, premiando únicamente á las que son bonitas, es una cosa que me llega al alma.

Hablo "motu proprio", espontáneamente, sin llevar la representación de las feas, porque, afortunadamente, no tengo ninguna amiga fea, ni aun teniéndolas me sería posible ponerlas de acuerdo para protestar. Porque... no hay mujer que no se crea bonita.

Por eso mismo, mi defensa de las feas va á ser más desinteresada é imparcial, y mi grito de "¡Abajo las guapas!"... más digno de que encuentre eco.

Quizá en este grito, que parece una

tontería estén conformes conmigo muchas más ciudadanas de las que ustedes creen. ¡Abajo las guapas!... ¡Fuera los concursos de belleza!... ¡Mueran los que ponen en ridículo á las que no tienen nada que agradecer á la Naturaleza!

Ahora bien... Yo no gritaré tampoco ¡Arriba las feas!, porque no sería serio ni fácil un concurso para premiar á la más horrorosa. Pero es preciso acabar con esas antipáticas costumbres y desterrar por ahora los certámenes de mujeres preciosas, hasta que nos pongamos de acuerdo respecto á lo que hay que premiar en la mujer; si su cara ó sus prendas personales.

Si lo que tiene mérito en ella es la hermosura del rostro, ¿no hemos quedado en que la hermosura está en los ojos del que las mira?... ¡Luego estamos tocando el violón!...

Y, además, estamos abusando del físico de las pobres muchachas. Porque no es razón el que ellas sean

lindas para ir las exhibiendo por todas partes, acostumbrándolas á vanidades que rebajan su natural belleza y haciéndolas olvidar otros méritos que son más preciados.

No pretendo ofender con esto ni á ellas ni á los organizadores de esos concursos que no tratan, como es sabido, más que de alegrarnos la vida; es decir, de pasar el rato.

Pero siempre resulta doloroso, depresivo, inhumano, que porque una muchacha tenga la nariz respingada, los ojos blandos, el cutis basto ó la boca grande, se quede expuesta á que todos la digan:

—¡Anda con Dios, hija mía, que no hay cuidado de que te lleves el premio de belleza!

Pero, en cambio, esa misma muchacha, quizá en su casa, ayudando á sus padres ancianos ó en el taller ganando el pan para su familia, se lleve el premio de la mujer perfecta, ideal y útil.

FEDERICO HERRERA.





# EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCESOS"



Ejército más formidable que se ha conocido en la Historia. Sin embargo, les diré lo siguiente. He hablado con los soldados, he tenido largas conferencias con los oficiales, les he visto en los cuarteles, en las revistas y en maniobras. Cuando llegue la hora de poner esa máquina de guerra, ese Ejército en movimiento, creo firmemente que nos dará una de las más grandes sorpresas que han asombrado al mundo. No puedo decir más sobre Alemania, y les suplico no me pregunten más sobre esa nación; sólo si les diré que el Japón no quiere a Alemania por aliada.

—¿Y Rusia?

—También conozco ese inmenso Imperio, y aunque ya nos hemos dado las manos, no podrá haber verdadera amistad entre las dos naciones mientras el tiempo no borre el recuerdo de la última guerra. Francia no nos entiende. El porvenir del Japón es tan claro como el desastre que amenaza a la Gran Bretaña. No hay más que un solo país que pueda aliar con nosotros, no hay más que una sola convención posible. Esto es lo que yo he escrito y he aconsejado a mi primo y Emperador. Esto es lo que quiero que se inculque en el ánimo de los japoneses y esa será mi misión si mi destino me permite llegar sano y salvo a mi Patria. El Este y el Oeste están muy separados. Nos encontramos muy bien lejos de Europa; nuestra fuerza nos vendrá de cerca de casa.

—¿De China!—exclamó el presidente del Consejo.

—De China, sí; pero de la China hecha por nosotros; de la China japonesa—dijo el príncipe entusiasmado—; de la China civilizada después de un letargo de mil años. Es probable que ni ustedes ni yo lo veamos; pero llegará un día en que las grandes conquistas de Persia, Grecia y Roma se borren de la historia al lado de las que harán los ejércitos de China y Japón. Hasta entonces no necesitamos aliados. No los queremos. Por ahora aceptaremos los insultos de los yanquis y la basta manaza de Alemania. Tenemos que ser fuertes para esperar.

Un criado entró, y acercándose al duque, dijo con respeto:

—Excelencia: un joven habla por teléfono desde el Ministerio de la Gobernación y desea hablar...

—¿Con quién?—preguntó el duque.

—Con vuestrencia y el señor Havila. Me encarga notifique a los señores que el asunto es urgentísimo.

El duque se levantó, miró la hora y exclamó:

—¿Qué casualidad! ¡A estas horas! ¿Qué nos querrá Heseltine? Vamos, Havila, vamos a ver qué ocurre. Usted nos dispensará, príncipe.

El japonés se inclinó.

—Pues no faltaba más—dijo—. Me parece que ya hemos charlado bastante de cosas serias. Voy a ver si Sir Edward quiere jugar conmigo una partida de billar.

## CAPITULO XXXI

### Consejo de amigos.

El príncipe, que había cambiado su frac por un smoking, estaba sentado cerca de la ventana de su cuarto, contemplando tranquilamente el hermoso parque del castillo de Devenham. El reloj de las contiguas caballerizas dió las dos. El silencio reinaba en el castillo; dueños, forasteros y criados, dormían.

Sólo una luz brillaba en todo el edificio, indicando que alguien velaba. Era la luz de uno de los cuartos del largo y bajo pabellón que se había construido recientemente para garaje y dormitorio de mecánicos.

El príncipe sabía el por qué de esa luz; él mismo lo había ordenado así. Allí aguardaba su chófer, despierto, vestido, listo, con el automóvil preparado para, a la menor señal, montar en él y salir veloz hacia la cercana costa.

Durante las últimas veinticuatro horas había pensado repetidas veces montar en el vehículo y salir disparado, sin decir adiós.

La excitación de las últimas conversaciones sostenidas durante la velada le habían impresionado, y estaba nervioso; todo lo nervioso que un hombre de su raza, de su temple y de su filosofía, podía estar.

Hacía mucho tiempo que no se había dejado llevar de la lengua como aquella noche, muchísimo que no se excitaba, que no había perdido el dominio sobre sí mismo. Se desconocía.

Comenzó a dar paseos a lo largo del cuarto, en diagonal, para hacerlos más largos, y en su soliloquio se decía:

—He dicho la verdad, después de todo; la verdad sencilla, desnuda, quizá demasiado desnuda. Les he dicho cosas que, indudablemente, no han querido comprender. ¡Claro! ¿Como se trataba de su propio país!... Me parece que me han entendido como si les hubiese hablado en japonés. Puede ser que tampoco hayan creído en la sinceridad de mis motivos.

Se detuvo ante la ventana y miró hacia el parque escudriñando, queriendo ver por entre el ramaje de los árboles la línea recta que formaba el mar a cierta distancia.

—¿Por qué no decidirse? ¿Por qué no olvidar la tradición y las preocupaciones tontas, olvidarlas por una vez? ¿Por qué persistir en su orgullo tonto y querer hacer frente hasta el

fin? Aún era tiempo. El crucero que el Emperador del Japón había enviado a Inglaterra para llevarle a su patria, estaba allí, en el lejano puerto de Southampton, esperando sus órdenes para zarpar con rumbo a Oriente. Dentro de unas pocas horas podría encontrarse en aguas extranjeras. El automóvil, el crucero y libre ya. Pensaba en todo ello con placer, con insistencia, y, sin embargo, se resistía a hacerlo.

—No, no me voy; no puedo huir; no debo, no quiero huir. ¿Quién sabe! Quizás ahora que había hablado la verdad se alegraría todo el mundo de desembarazarse de él. Bien, pues tienen razón, en medio de todo. Si llegaba el momento, haría lo que debía. El fin ya lo sabía.

Se separó de la ventana con un ligero estremecimiento.

Apenas había terminado de dar el primer paso, cuando oyó que llamaban a la puerta, nuevamente, con los nudillos.

—¿Quién podía ser? Había ordenado a su criado que se retirara a descansar. Después, pensó, sería lo que tenía que ser, tarde o temprano. Mientras parecía dudar, no sabiendo si abrir o no, vio con sorpresa que el boliche de la cerradura giraba y la puerta se abría.

Con asombro, con estupor, casi, vio que era Penélope la que entraba.

—¿Señorita!—exclamó con voz entrecortada.

Miss Morse alargó los brazos, como queriendo taparle la boca, y siguió adelantando, decidida. Después, se paró, y durante unos segundos permaneció inmóvil, en actitud de escuchar con la cabeza inclinada a un lado y la mano formando pabellón con la oreja. Después, sin hacer ruido alguno, cerró la puerta.

—¿Penélope, por Dios! ¿Qué imprudencia—dijo el príncipe—, ¿qué ha hecho usted? Yo no puedo consentir esto.

Sin hacer caso de lo que Maiyo le hacía observar, adelantó varios pasos, y se acercó a él. Traía el terror pintado en su cara. Temblaba de pies a cabeza, con un temblor que no tenía nada de nervioso; temblaba de miedo.

El la miró fijamente en los ojos, comprendiendo al momento que la hora había llegado.

El desenlace fatal se acercaba.

—Escuche usted—dijo en voz muy queda la muchacha—. Tenía que venir, era necesario que viniera. Usted no sabe lo que pasa. Desde hace media hora, no cesan las llamadas y las comunicaciones por teléfono, y todo ello es por usted. Se trata de usted.

Desde el Ministerio de Gobernación han llamado varias veces al presidente, y el inspector jefe de Policía ha ido desde Scotland Yard al Minis-



terio, para hablar con él. Uno de los policías dice que tiene pruebas seguras en su mano, y ha pedido un mandato al juez para detener a usted.

—¿Para detenerme?—preguntó el príncipe.

—¿No me comprende usted?—continuó diciendo, casi entre sollozos—. ¿No comprende usted lo horrible que es esto? ¡Le van a detener por creerle autor de los asesinatos de Hamilton Fynes y de Dick Vanderpole!

—Si es así—replicó Maiyo con calma asombrosa—, ya saben que estoy aquí. ¿Por qué no vienen?

—Pero es que usted no debe permanecer aquí ni un momento más—dijo miss Morse—. Debe usted huir, huir al momento. Es horroroso pensar que le ha... ¡ah, qué horror, no puedo decirlo!; que le van a hacer todos esos cargos, a condenarle, a... ¡no, no, no! Si es usted culpable, aunque sea usted culpable, huya, huya, por amor de Dios!

El la miró, con esa mirada embarazada del que trata de razonar con un niño de tres años, y después de una pausa, la dijo:

—Mi querida amiga, es usted muy buena, y yo le agradezco muchísimo este paso que acaba de dar, sus cariñosas palabras y su interés; pero, después de todo, piense que soy un hombre, y un hombre como yo no puede huir.

—Pero usted no puede aceptar todos esos cargos, y lo que venga detrás—le interrumpió Penélope—; no puede usted, no debe usted, y no me venga con lo de siempre, de que yo no le entiendo, porque vemos las cosas bajo diferente punto de vista. Si usted mató a esos dos hombres, fué por quitarles unos papeles que usted creía eran necesarios para el bien de su Patria; usted no lo hizo por interés particular, por dinero, ni por ambición; pero, príncipe, yo no soy juez, yo no lo he de juzgar. Lo que usted hizo fué—vea usted si lo entiendo—, fué porque es usted un patriota con toda su alma, con todo su corazón, con su vida toda. Eso, lo sé yo; pero los jueces no lo ven así ó no lo entienden así; las leyes, aquí, son leyes, y los jueces no ven esas cosas como usted y como yo. Esas cosas se miran bajo otro aspecto, á través de un vidrio de otro color. Le juzgarán á usted en la misma forma, con la misma severidad y con la misma imparcialidad que si fuera usted el más común de los criminales. ¡Huya usted, por favor, huya usted!

—Mi querida Penélope—contestó el japonés—, sólo he de decirle que no puedo, que no debo huir como huye un ladrón, aprovechándose de la obscuridad. Suceda lo que quiera, aguardaré hasta el fin.

—Pero usted no me comprende—exclamó miss Morse, retorciéndose las manos, desesperada—. ¿Cree usted que por ser un príncipe, un primo del Emperador de una nación amiga, las leyes le van á tratar con consideración? Pues no lo crea así. Además, usted no pertenece oficialmente al personal de la Embajada. Está usted aquí con una misión particular, secreta, y no hay manera de que el Gobierno tome car-

tas en el asunto y le salve, aunque quisiera hacerlo. Usted, como los demás, está bajo sus leyes, y ha faltado á ellas. ¡Por todos los Santos del cielo, se lo suplico! ¡Huya! Su automóvil está listo. Salga usted al momento para Southampton, y embárguese en el crucero japonés. No pierda tiempo; los momentos son preciosos. Mañana por la mañana, será tarde. ¡Huya, huya!...

El príncipe la cogió ambas manos, y las estrechó entre las suyas con cariño y respeto; la miró con fijeza, y la dijo en tono tierno y franco:

—Es usted demasiado buena; lo que ha hecho conmigo, denota que tiene un nobilísimo corazón y una bondad para conmigo que no merezco; pero usted no comprende por completo lo que todo eso significa para mí. Recuerdese de lo que una vez le dije. Para ustedes, los europeos, parece ser que la vida y la muerte es lo más grande que puede entrar en el cerebro humano.

Entre nosotros no sucede lo mismo. Estamos educados de diferente manera. Por una causa grande, que valga la pena, no hay japonés que no esté dispuesto á dar su vida al momento, á quitársela en cuanto sea preciso. Eso me pasa á mí ahora. No tengo ningún pesar, ningún remordimiento, y aunque los tuviera, aunque la vida fuera para mí un jardín de flores, yo haría lo que se me mandase. Un poco antes, un poco después, ¿qué importa?

Penélope no podía más. Cayó de rodillas á los pies del príncipe, llorando, y exclamó:

—¿Pero puede usted comprender por qué estoy yo aquí? No lo sabe, príncipe. Tengo que confesarme con usted. Yo, yo fui la que hablé del dogal de seda y del estilete encontrado en la cajita; yo, yo misma.

Y desesperada, retorciéndose, lloraba, presa de la mayor angustia.

—No se haga cargos por eso, mi querida amiga—dijo el príncipe—; no se mortifique.

—Sí, pero yo me los hago; yo me acuso y no me perdono—replicó ella— y siempre tendré ese remordimiento conmigo, siempre, siempre. Además, iremos á los Tribunales. Usted, al banquillo; yo, declarando. ¡Qué horror!

El príncipe interrumpió sus exclamaciones, y poniéndola cariñosamente la mano en la espalda, la dijo:

—Mi querida señorita, no tiene usted nada que temer, porque yo no consentiré que la justicia me toque. Morir, es muy fácil. Si llega el fin de que hemos hablado, hay otra casa, otra mansión, donde yo puedo reposar.

Se levantó despacio. La absoluta tranquilidad de sus palabras, sus maneras, hacían ver su firme determinación, su fuerte voluntad, y nada le haría cambiar del plan que tendría pensado.

Comprendió Penélope que no lograría convencerle que sería tiempo perdido. Razonar con él en aquellas circunstancias, era querer razonar con un muerto.

—No me lo tome á mal, mi querida Penélope—dijo Maiyo—; pero me parece que no debe usted permanecer más tiempo en este cuarto.

La cogió de la mano, y con la suavidad que se lleva á un niño, la condujo hasta la puerta. Al abrirla, y en el momento en que iba á cruzarla miss Morse, el príncipe besó reverentemente la mano helada de la americana, y le decía:

—No se desespere. Yo tengo una estrella que me protege, que me alumbrará. Esta noche la he estado buscando en el cielo, y la he visto; allí está—dijo, señalando con el dedo al cielo, que se veía tachonado de estrellas, á través de los cristales de la gran ventana—. Sí, está allí, más hermosa, más clara, más brillante que nunca. Nada temo.

Penélope se fué en silencio, sin levantar la cabeza, abrumada. El príncipe se quedó en la puerta, hasta que los pasos de miss Morse se apagaron en el largo corredor. Después, cerró la puerta, se desnudó y se acostó.

Al poco rato, el príncipe Maiyo dormía tranquilamente.

Cuando á la mañana siguiente despertó el príncipe, el sol inundaba su cuarto de vivificante luz y calor, y su sereno criado aguardaba á los pies de la cama.

—Alteza—dijo—; el baño está listo. El príncipe se levantó, y después de tomar el baño y vestirse con la tranquilidad de costumbre, descendió á la planta baja, y salió al parque á respirar el aire puro de la mañana y aspirar el aroma de las flores.

Al poco rato, se le acercó el ayuda de cámara del duque.

Este, con las manos cruzadas á la espalda, se paseaba febrilmente de uno á otro lado de la estancia.

—Buenos días, duque—exclamó el príncipe, alegremente—. Otro día es espléndido; qué hermosa primavera tenemos este año! En la terraza y al sol, casi hace calor. Dentro de poco, el aroma de sus flores primaverales me recordarán el de las flores de cerezo y de almendro de mi país.

—Príncipe—dijo el duque en voz baja—. He mandado llamar á usted, como dueño de la casa, y le hablo á usted extraoficialmente, como un caballero habla á un forastero que tiene en su casa. Durante toda la noche he estado materialmente abrumado por las innumerables llamadas por teléfono. De todos los Ministerios, Juzgados y Centros que tienen á su cargo la administración de la justicia, me han telefonado.

Príncipe, es necesario que le recuerde á usted una cosa. Por muchos defectos que encuentre usted en la nación inglesa, hay una gran virtud, una gran moralidad en la administración de justicia. Nobles y plebeyos, ricos y pobres, nuestra justicia los mide con la misma raso y los juzga de idéntica manera. Las recomendaciones, las influencias, son inútiles con nuestros magistrados. Todos son iguales ante la ley. No hay en este país un hombre que tenga suficiente poder para hacer que la balanza se incline á uno ú otro lado. Si hombres de diferentes esferas y diferente posición cometen un mismo crimen, el castigo es el mismo para todos.

El príncipe aceptó lo dicho con un movimiento de cabeza, y replicó:





—Antes, cuando eras cochero, no ganabas más que cuatro pesetas diarias; ahora ganas siete como chofer, y aún no estás contento.

—Considere el señor que antes sólo guiaba dos caballos, y que ahora son cuarenta.

—¿En qué se parecen los militares de cierta edad á la estatua de Espartero?

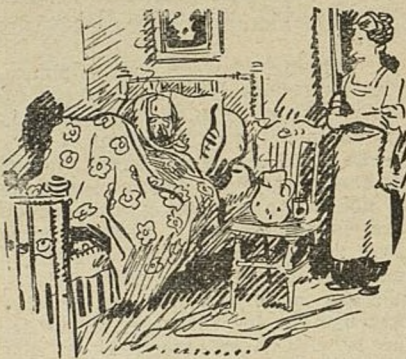
—En que están muy cerca del Retiro.

—¿Cuál es la plaza más cortés?

—La de toros, porque siempre está descubierta.

—¿Cuál es la verbena más inocente?

—La de la Paloma.

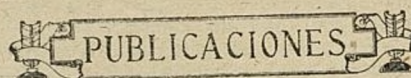


—Ahí hay uno que pregunta por ti.  
—Estoy demasiado enfermo para ver á nadie.

—Pero si es el párroco.

—Pues no estoy lo suficientemente enfermo para recibirle.

Publicaremos los chistes, colmos y chascarrillos que se nos envíen para esta sección y consideremos aceptables.



Se ha publicado el volumen 54 de la ocurrencia "Biblioteca para todos". Se titula "Chascarrillos y adivinanzas", y es una verdadera colección de cuentos, adivinanzas y chirigotas para reír todo el verano. Lleva graciosos dibujos de Izquierdo Durán, y se vende á 20 céntimos en librerías y puestos. Lo mismo que el volumen 24, "Chascarrillos aromáticos", que se acaba de reimprimir. Por mayor, administración del "Noticiero Guía", Velázquez, 67, Madrid.



P-A-S-A-T-I-E-M-P-O-S



Jeroglífico por Aguilar.

500 I nota 500

perro

Soluciones.

Al Anagrama tarjeta:  
ASCLEPIADES

Al Triángulo:  
AL BU MI NA  
BU CA RO  
MI RO  
NA

Solucionistas.

D. Antonio Palacios Guinea, de Madrid.—D. Ignacio Arteaga, de Bilbao.—D. Rodrigo Martínez, de Cazalejas.—D. Benito Valles Torres, de Barcelona.—D. José Cortés Villalva, de Madrid.—D. Cándido Daval Suárez, de Sevilla.

## El Esfinge Ha Hablado

su secreto descubierto por Mooryss, el Rey Mago, que, Nuevo Redentor, consuela, socorre, aconseja, fortifica

Las víctimas de la Suerte.

Todos los que lloran, sufren, gimen desesperados por la fatalidad injusta y cruel, los que son traicionados y abandonados por todos.

Envío grat's bonito librito ilustrado. Escribid M. Mooryss, 16, Rue de l'Echiquier, París.—Sección D.

## Regicidios y crímenes políticos.

:: La obra histórica más interesante y dramática. ::

Cuaderno suelto: Quince céntimos.

Se sirven colecciones de los 44 cuadernos publicados, que forman el primer volumen completo al precio de

TRES PESETAS

Los pedidos, con el envío de su importe á la Administración: Libertad, núm. 31.—Madrid.

## Iberia-Cines

Fábrica española de películas cine-  
mográficas:

1.<sup>a</sup> Casa de este género establecida en Madrid.

Especialidad en la confección de películas de encargo.

Oficinas y laboratorios: Libertad, 31.—Madrid.

# HIPOFOSFITOS SALUD

cura con éxito seguro la anemia, clorosis, debilidad nativa y nerviosa. Es un remedio heroico contra los dolores producidos por las supresiones y retrasos. Favorece el desarrollo de los niños haciéndoles crecer robustos y aumentando notablemente el apetito. Para adquirir el legítimo y único aprobado por la Real Academia de Medicina, debe pedirse HIPOFOSFITOS SALUD, de los Sres. Climent y Compañía, Tortosa.—De venta en todas las farmacias.

Ayuntamiento de Madrid